

Vigila, Cordera, vigila...

CORDERA.—¿No mientes?

SAPO.—No miento. Tú lo verás...; vigila, vigila...

(Mutis Sapo, por la izquierda.)

ESCENA XII

CORDERA: Oso y Zorro, *por la derecha.*

CORDERA.—*(Brava, yendo a la derecha.)*

¿Quién viene...?

Oso.—*(Extrañado.)*—Nosotros...

(Entregándole un brazado de ramas.)

Las ramas que has pedido para la hoguera purificadora.

CORDERA.—*(Cogiéndolo.)*—Dámelas.

ZORRO.—Las nueve piedras blancas que ahuyentarán a la pálida tristeza.

CORDERA.—*(Cogiéndolas.)*—Dámelas.

(Tirándolo todo.)

¡Y que al suelo vayan todas, que mi voluntad dolorida no quiere augurios felices...! ¡Tráeme guijarros, Zorro, que la negra traición duerme en mi casa...!

ZORRO.—¡Cordera...!

CORDERA.—Oso, quema las ramas lejos de aquí y aventa luego las cenizas...

Oso.—Cordera...

CORDERA.—Que la pobre Cordera no quiere más que garras y dientes de lobo para destrozar lobos por el monte: ¡Lobos! ¡¡Lobos!! ¡¡¡Lobos!!!

(Gritando, mutis Cordera, por la derecha.)

ESCENA XIII

Oso y Zorro.

ZORRO.—*(Rascándose la cabeza.)*—Malo, malo, malo...

Oso.—Me parece que a la Cordera le pasa algo...

ZORRO.—Si no te parece más que eso, llevas camino de acertar.

OSO.—Y estoy pensando, pensando...

ZORRO.—Entonces, ya no aciertas.

OSO.—Es mucha impresión para que sea únicamente por la presencia de su hermanita. ¡Marchó como si fuera a matarse...!

ZORRO.—No. A eso no van tan de prisa...

OSO.—¿Se habrá vuelto loca...?

ZORRO.—Los gestos son de ese estilo... Es posible.

OSO.—Voy tras de ella. No le ocurra desgracia...

(Mutis Oso, por la derecha.)

ZORRO.—Malo, malo malo... La Cordera ha olido a la loba.

ESCENA XIV

ZORRO, LOBO Y LOBATO, *de la cueva.*

LOBO.—*(Cogiendo el saco, que antes dejó arriado a las peñas.)*—Enséñale bien, que lo ha de menester...

ZORRO.—Oye una palabra...

LOBO.—Ahora no...

LOBATO.—¡Señor maestro...!

LOBO.—Luego...

(Mutis Lobo, por la derecha.)

ESCENA XV

ZORRO Y LOBATO.

LOBATO.—¿Por qué se aflige tanto esa ovejita nueva...?

ZORRO.—No tendrá otra cosa que hacer... Y nosotros, sí, que son muchos días de vagancia. Acércate y veamos, caballerito lobezno, si aprovechó usted las enseñanzas mías o se fueron ya de su memoria, como la madera por el arroyo abajo...

LOBATO.—Pregunte, señor maestro...

ZORRO.—*(Sentándose; el Lobato de pie, a su lado.)*—Pregunto. De cuanto existe en la tierra, ¿qué es lo que vale más?

LOBATO.—El lobo.

ZORRO.—Gracias... Y no siendo lobo, ¿qué te agradaría ser...?

LOBATO.—Nada...

ZORRO.—Zorro... ¿Por qué? Porque el Zorro está ahora delante de ti y es cortesía decirlo. La primera obligación del caballero es la de ser cortés, porque cuesta poco y se gana mucho. Hay otras razones también, pero te bastan éstas.

LOBATO.—Con uno, es fácil, pero... ¿y si están dos? Un mono y un toro, por ejemplo, ¿a cuál me inclino...?

ZORRO.—Al más bruto, que tú no lo has de ser por decirlo y él te lo estimará como si fuérais brutos los dos.

LOBATO.—Así lo haré.

ZORRO.—Perfectamente. ¿Cuál te parece mejor, quien trae las nueces o quien las parte...?

LOBATO.—Quien las come.

ZORRO.—¡Caramba...! Yo creo que tus papás podrían dejarte ya solito... Bien; vamos adelante. El mundo es el señorío de los fuertes: ¿por qué a las golondrinas, que son débiles, las respetamos todos?

LOBATO.—(*Queriendo recordar.*)—Porque... porque...

ZORRO.—Sí.. ¿Por qué...?

LOBATO.—Espere usted, que lo tengo en la punta de la lengua. Porque...

ZORRO.—Porque la tradición les ha creado una leyenda buena...

LOBATO.—(*Repitiéndolo de carretilla.*) ¡Sí, señor! Porque la tradición les ha creado una leyenda buena.

ZORRO.—Y porque la carne es mala.

LOBATO.—¡Ah...!

ZORRO.—Ya tienes dos motivos para no perseguirlas.

LOBATO.—Con uno es suficiente.

ZORRO.—Sí, pero no digas cuál. Vamos a ver, Lobato. ¿Qué debe hacerse con un enemigo?

LOBATO.—¿Con un enemigo...?

ZORRO.—Sí.

LOBATO.—¿Dice usted que con un eremigo...?

ZORRO.—¡Sí...!

LOBATO.—Pues con un enemigo..., yo no sé que pueda hacerse nada bueno.

ZORRO.—Se puede. Si es mas flojo que tú, desafiarle, para que la ofensa lleve una pública reparación. Y quedas tú bien.

LOBATO.—¿Y si es más poderoso...?

ZORRO.—Decir a todos tus amigos que lo desprecias. Y no quedas tú bien, pero quedas sano, que casi es mejor.

(*Pausa.*)

¿Con qué se aviva el fuego...?

(Diciéndoselo con los labios únicamente.)

Con le... con le...

LOBATO.—Con leña.

ZORRO.—¿Y las lecciones se aprenden...?

LOBATO.—Con leña también.

ZORRO.—De modo que el fuego y el saber se obtienen lo mismo, pero se distinguen en que una leña has de ir a cogerla y otra te la dan.

LOBATO.—A menudo: ya lo sé.

ZORRO.—Y ahora escucha lo que el primer día te he de preguntar y tú has de repetir. Un caballero lobo está obligado a frecuentar el mundo para adquirir la experiencia necesaria: debes ir a todas partes, pero tú procura siempre ir convidado... que es más económico... No mientas jamás, porque es vicio feo el de mentir: pero si te preguntan, miente, que aún es vicio más feo el de preguntar y no debes cultivarlo.

LOBATO.—Por eso digo a veces que no sé la lección.

ZORRO.—¡Y no saques nunca consecuencias con los superiores, para que no te saquen a ti

las disciplinas...! Con tus iguales has de ser fino; y en toda discusión, si chillan, pega, y si pegan, escapa..., por si acaso. Con las damas serás respetuoso... si son viejas, si son feas o si hay gente cerca. A solas, debes intentar persuadirlas de que contigo no están solas; si te admiten, porque sería desaire no intentarlo, y si te rechazan, para que no te guarden odio por haber perdido la ocasión de convencer a uno más de su virtud. Si tienes amorío con loba joven, enséñale a ser muy obsequiosa y afable con las lobas ya maduras, que las viejas hacen la reputación de las jóvenes. Favorece a todos, siempre que puedas y no te cause perjuicio; pero si al que hiciste ya un favor te da las gracias muchas veces y exagera mucho su gratitud, a ese no le hagas ninguno ya, que él a ti seguramente no te lo haría, pues quien está propicio a devolver favores con naturalidad, recibe los ajenos. Sé obediente, porque obedecer te ahorra la fatiga de mandar: sé bueno, porque es más cómodo: quiere a los que te quieren, porque es justicia, y a los que no te quieren porque es bondad... y ya voy sabiendo que el tenerla no estorba y a veces nos sirve. Lo que yo te digo, otro podrá decirlo

con frase más galana y con argumentos más sublimes; pero cuando aprendas el arte de la vida, ya verás cómo en sustancia son idénticas las razones de moral y las razones de comodidad... Ya lo sabes, pues, Lobato. No lo olvides... y colorín, colorado, que la lección del Zorro hoy se ha acabado.

(*Levantándose.*)

LOBATO.—Maestro... Creo que no la entendí del todo...

ZORRO.—Cuando la entiendas, el Maestro serás tú.

(*Echándole la mano por el hombro; mutis Zorro y Lobato, por la cueva.*)

ESCENA XVI

LOBO, *por la derecha, con el saco a cuestas;*
SAPO, *por izquierda.*

SAPÒ.—¡Lobo..., maldecido Lobo...!

LOBO.—¡Que te aplasto...!

SAPO.—Llevo una vida miserable y me falta decisión para terminar con ella. ¡Anda tú...! ¡Que será un favor...!

LOBO.—(*Afectuoso.*)—¿Qué tienes...? ¿Qué te pasa...?

SAPO.—Qué malvado eres, Lobo...

LOBO.—¿Yo...?

SAPO.—Tú. ¡Ya no insistes en matarme, sólo porque te digo que será un favor...!

LOBO.—Comprende que es una injusticia...

SAPO.—¿El que tú seas galán y yo repulsi-vo...? Si, es una injusticia enorme y por eso no te la perdono.

LOBO.—¿A qué vienes?

SAPO.—A verte. Necesito mirar a los que son felices para darme el goce de que mi presencia les amargue siquiera un momento.

LOBO.—¿Y eso te recrea...?

SAPO.—Pregunta, pregunta a más sapos. Verás cómo te responden que no hay placer comparable al de amargar un placer ajeno.

LOBO.—¡Vete...!

SAPO.—Pregunta, pregunta... Y no tan sólo a quienes tengan la forma carnal y la figura aparente de mi raza, sino a muchos de la tuya, a muchos que tienen mi esencia de sapo en tu cuerpo gentil de caballero Lobo.

LOBO.—Peor para ellos, que no serán nunca como yo.

SAPO.—¿Como tú de aborrecido, de odioso...?

POCOS. Te aborrezco, Lobo.

LOBO.—¿Por qué...?

SAPO.—Eres fuerte y yo no; eres bravo y yo no; eres inteligente y yo no; eres dichoso y yo no... ¡Si tú sabes de una razón más grande para justificar algo más pequeño, dímela...!

LOBO.—Y el que yo dejara de ser, ¿te aprovecharía a ti...?

SAPO.—Es que no te odio por lo que tú eres, sino por lo que yo no soy.

LOBO.—Vete ya...

SAPO.—(*Retrocediendo.*)—Maldito seas, Lobo fuerte!

LOBO.—¡Vete, que ya no me contengo...!

SAPO.—¡Maldito seas, Lobo generoso!

LOBO.—¡¡Vete, Sapo!!

SAPO.—¡Maldito seas, Lobo feliz! Y todo el que sea noble y fuerte y feliz, maldito sea en ti, ¡caballero Lobo!

LOBO.—¡¡¡Vete!!!

SAPO.—Ya me voy.

(*Se vuelve de espaldas y mutis lento por la izquierda.*)

Croak, croak, croak...

ESCENA XVII

LOBO: ZORRO, *de la cueva.*

ZORRO.—¿Reñías...?

LOBO.—El Sapo me puso frenético y ya me pesaba la estúpida bondad de no aplastarlo.

ZORRO.—Déjalo... Y oye: ten cuidado, que la Cordera malicia algo de ti.

LOBO.—No...

ZORRO.—Sí. Aplaza tu aventura. Hoy no irás de ningún modo; la Cordera no te dejará.

LOBO.—¿Qué dices?

ZORRO.—Y es tonto buscarse un disgusto a sabiendas...

LOBO.—(*Agarrándolo con furia.*)—Zorro, ¿qué dices tú...? ¿No soy el dueño y el señor...? ¿No soy el lobo...? ¡Pues mi voluntad es la que manda...! ¡y ay de quien me contrarie! ¡Llevo ya muchos años de cordero, obediente por amante; pero si olvidaron que soy lobo, a recordarlo voy...!

ZORRO.—Mira lo que haces...

LOBO.—(*Apartándole bruscamente.*)—Aparta, Zorro, que no he dejado de ser lo que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

fuí... y el lobo soy. ¿Lo oyes...? ¡Pues que lo oigan todos...! ¡El lobo! ¡¡El lobo!! ¡¡¡El Lobo!!!

(Gritando entra en la cueva.)

ZORRO.—(*Rascándose y marchándose lento por la izquierda.*)—Malo, malo, malo... y aquí del refrán: cuando riñen los lobos, desaparecen los zorros...

(Mutis Zorro.)

ESCENA XVIII

CORDERA y OSO, por la derecha. La voz del LOBO dentro.

OSO.—Vuelve, Cordera, que sería una inmensa locura abandonar tu casa, tu Lobo, tu Lobato...

CORDERA.—Ya vuelvo aquí, pero acabará mi historia malamente. El Lobo traidor no ha de ir a la casquivana Loba, sino pasando por encima de mí.

OSO.—Pasará...

CORDERA.—¡Que me destroce: es más noble!

OSO.—Mira lo que haces y lo que esperas

obtener por las malas. No hay lazo ninguno que os sujete: libres sois los dos... Si es una pasión la que impulsa a tu señor Lobo, verá muy complacido que el enfado tuyo le facilite la salida, y entre la pasión que le llama y el enojo que tú le causas, se irá más pronto con la loba. Y si es un capricho, de que él solo se curará, mira bien no seas tú misma quien cierre la puerta por donde ha de volver el Lobo arrepentido...

CORDERA.—¿No luchar siquiera...? ¿Ser indiferente... ¡Oh, no!

OSO.—¿Quién te dice eso...? ¡Defiéndete a ti y a tu Lobato...!

CORDERA.—(*Desesperada.*)—¿Pero cómo...?

OSO.—Si vieras al águila arrancarse el acorado pico, o al tigre las garras en el momento de empezar un combate, ¿no dirías tú que eran torpes...? Cada uno debe pelear con sus armas: la tuya es la bondad...; no la tires al suelo cuando la lucha está ya cerca...

LOBO.—(*Dentro.*)—¡Cordera!

OSO.—(*Abrazando paternalmente a la Cordera, que se ha estremecido de espanto al oír la voz del Lobo.*)—Tienes la fuerza de los débiles, la excelsa bondad, única triunfadora de

la fuerza material... ¿No te sobró para dominarnos a todos? ¿Qué más poderío quieres...?

LOBO.—(Dentro.)—¡Cordera!

Oso.—Ahí está el enemigo. ¡Coge tus armas, Cordera...!

LOBO.—(Dentro.)—¡Cordera!

Oso.—...tu bondad, Cordera. ¡Tu bondad!, que el enemigo sale y el combate empieza.

(El Oso se va retirando hasta quedar alejado, pero perfectamente visible, y a distancia sigue ansioso la conversación del Lobo y la Cordera; muy grave y con mucha ansia cuando habla el Lobo; gozoso, con alegría infantil, cuando la Cordera responde, pero en serio.)

ESCENA XIX

CORDERA, OSO: LOBO, de la cueva.

LOBO.—¿En dónde estabas...?

CORDERA.—(Temblorosa, pero sin cambiar de actitud.)—Aquí estoy...

LOBO.—Prepara el zurrón y las provisiones para todo un día. Mañana voy con otros ami-

gos a dar una batida a un jabalí solitario que destroza los campos.

(La Cordera se vuelve para que el Lobo no la vea, y cierra los ojos, quedando inmóvil. Pausa.)

¿No oyes, Cordera...?

CORDERA.—(Volviéndose a él y sonriente.)—Buena suerte, Lobo...

LOBO.—Como yo dirijo la expedición, he de prepararla esta noche.

(Pausa.)

Esta noche la pasaré fuera de casa: no me esperes.

(La Cordera repite el movimiento anterior. Pausa.)

¿Has oído, Cordera...? ¿Has oído...?

CORDERA.—(Volviéndose a él sonriente.)—No me atreví nunca, Lobo, a decirte que acompañaras a los tuyos, a los otros lobos, por miedo a que pensaras en que no te deseaba a mi lado constantemente; pero si tú lo propones, me satisface que vayas.

LOBO.—La batida puede ser peligrosa, que el jabalí sabe tronchar la maleza.

CORDERA.—No importa. Tú eres más ágil; tú eres más fuerte...

LOBO.—El jabalí sabe herir a los que le acosan.

CORDERA.—No importa, que al Lobo le honra la sangre del combate. Lobo eres y vas con lobos... Bien vas.

LOBO.—¿No te opones...?

CORDERA.—Siempre hiciste lo mejor para nosotros: cuando marchas, mejor te parecerá también.

LOBO.—Eres muy mansa, Cordera...

CORDERA.—Cordera soy. ¿Qué he de ser sino mansa y humilde...? Pero a ti conviene que alguna vez te vean cómo eres de poderoso y de bravo...

LOBO.—¿Y si fuese mentira la caza del solitario...?

(El Oso, sentado, se levanta amenazador como si fuera a lanzarse sobre el Lobo, pero queda inmóvil.)

¿Si fuese un pretexto para alejarme unas horas...?

(La Cordera se vuelve nuevamente de espaldas, y por tercera vez cierra los ojos. Pausa.)

¿Lo oyes, Cordera...?

CORDERA.—*(Sonriente.)*—Libre eres...; marcha. ¿El amor ya no es amor?... Marcha.

LOBO.—¿Y cuando vuelva...?

CORDERA.—Si tardas mucho, habrás dejado correr muchas lagrimas; pero cuando vuelvas, ni angustias ni lágrimas verás...

LOBO.—Cordera... ¡No voy!

(El Oso se sienta, contento.)

CORDERA.—En ti mandas...

LOBO.—¡Te digo que no voy...

CORDERA.—Si es tu voluntad, no vayas...

LOBO.—¿No te alegras...?

ESCENA XX

DICHOS: *el LOBATO (de la cueva, va a reunirse con el Oso, que le hace señas para que no interrumpa.)*

CORDERA.—¿Alegrarme nada más...? ¿No sabes cómo yo te quiero...? Pues te quiero como si todos los días fuera a encontrarme con que al día siguiente ya no estabas a mi lado...

LOBO.—Eso no puede ser...

CORDERA.—Porque puede ser me cuido tanto yo de que no sea...

LOBO.—No temas. Vivirás conmigo, de eterna amada, y luego, cuando no vivas... los dioses ya sabrán lo que disponen de tu bienestar futuro, que a su cuenta va siempre y no a la nuestra.

CORDERA.—Bien parlaste, Lobo, lo que mi corazón desea. ¿Tú y yo siempre unidos...? Y eso es lo que hay por el mundo: tú y yo. No te engañas creyendo que hay mucho más...

LOBO.—Te amo, Cordera primorosa...

CORDERA.—Así detuviste mi paso la primera vez que sonó en mi oído la voz del Lobo: «¿Cordera primorosa, por qué no me quieres...?» Y la Cordera ya te quería.

LOBO.—(*Abrazándola fuertemente.*)—¡Cordera!

(*Pausa.*)

LOBATO.—Padre, no hagas daño a madre...

(*Pausa.*)

OSO.—(*Cogiéndole, baila con él y canturrea.*)—Cuando no se queja, por algo será...

LOBO.—¿Qué tiene el señor Oso para estar hoy tan contento?

CORDERA.—¿Qué ha de tener...? ¡Lo más hermoso de la tierra...! ¡Lo que cambiará al mundo, si el mundo ha de cambiar alguna vez: la alegría del bien ajeno...

LOBO.—Y él está en lo cierto, que bondad y amor son las dos únicas verdades indiscutibles. ¿Pero lo demás...? Lo que es verdad en un lado de la montaña y mentira en el opuesto...; lo que unos permiten y otros niegan...; lo que es sublime aquí y burlesco allá...; ¿por qué ha de preocuparnos, si todas esas tradiciones y esos respetos, formados por nosotros mismos, no son más que las hojas del árbol de la vida, y el árbol es lo que importa y no las hojas?

CORDERA.—Bienaventurados los que aman de amor...

LOBO.—Y pobres de quienes lo encuentren y vacilan en cogerlo por el fantasma de una ley, de una idea o de un cercado... ¡Te amo, Cordera!

CORDERA.—¡Te amo, caballero Lobo...!

TELON

FIN DE LA COMEDIA